

A propósito de su trabajo literario, Italo Calvino decía: «Mi labor ha consistido las más de las veces en sustraer peso; he tratado de quitar peso a las figuras humanas, a los cuerpos celestes, a las ciudades; he tratado, sobre todo, de quitar peso a la estructura del relato y al lenguaje.»¹ Esta confesión puede ponerse al lado de lo que dice Piano: «Cuando yo era un joven arquitecto, me gustaba mucho –me gusta todavía– la idea de levantar, de aligerar, hasta el momento en que el objeto caía: llamo a este enfoque *light with traction*, ligero con tracción.» Tanto en literatura como en arquitectura, la ligereza se plantea como un principio que guía continuamente el trabajo de elaboración. Al principio porque la ligereza se asocia a la elegancia, a la belleza, a la gracia aérea. Pero también porque afecta a la verdad y a la potencia de la obra. «Quitar peso» quiere decir quedarse con lo esencial, eliminar todo lo que no es necesario para acceder a la «esencia» de la obra, dándole toda su fuerza, su máxima potencia. Trabajar con menos es vía de rigor, instrumento de verdad constructiva y de perfección intrínseca: «Para mí, la levedad se asocia con la precisión y la determinación, no con la vaguedad ni con el abandonarse al azar. Paul Valéry dijo: “Hay que ser ligero como el pájaro, no como la pluma.”»² Nietzsche afirmaba otro tanto.

1. Italo Calvino, *Leçons américaines*, Gallimard, París, p. 19. [Versión española: *Seis propuestas para el próximo milenio*, Siruela, Madrid, 1992, trad. de Aurora Bernárdez y César Palma, p. 15.]

2. *Ibidem*, p. 38. [Versión española, p. 28.]

VII. ¿SOMOS «COOL»?

El proyecto moderno de aligeramiento de la existencia se ha venido concretando de manera espectacular en la mejora de las condiciones materiales de vida y en la democratización del consumismo. Pero va mucho más allá del simple campo materialista: afecta igualmente a la manera de vivir en sociedad, a nuestras relaciones con las tradiciones, las instituciones y los encuadramientos colectivos. Durante la segunda mitad del siglo XX hubo un gran movimiento de emancipación respecto de las pesanteces sociales y se produjo una revolución completa del modo de ser en su conjunto, de la relación con nosotros mismos y con los demás, de las formas de socialización y de individuación. Desembarazarse del peso de las prohibiciones y de los tabúes, gozar de la carne como mejor nos parece, vivir sin trabas ni ataduras, de la manera más flexible: la levedad del ser se ha vuelto una aspiración, un ethos democrático de masas.

Esta dinámica, como fenómeno social de gran alcance, emprende el vuelo durante los años sesenta, con la efervescencia de la contracultura. Condenando a la hoguera los grilletes burgueses y los dogales de la familia, luchando contra la plúmbea carga del conformismo y la asfixiante jaula de las jerarquías, los movimientos contestatarios exigen una libertad subjetiva total, una moral sexual sin prohibiciones, una vida libre de los lastres

sociales: se trata de liberarse del peso del viejo mundo en una especie de fiesta permanente y sin tiempos muertos. El antimoralismo prospera en nombre del derecho al placer y a disponer de uno mismo en términos absolutos. Vivir «inmediatamente», sin trabas ni obligaciones: la contracultura corre a hombros de la utopía de una vida liberada de toda pesantez social.

En la revuelta de Mayo del 68, la pareja, las filiaciones, la vida sexual, los códigos que gobernaban las relaciones entre los géneros y las paternofiliales, pero también la educación, el «saber vivir», la forma de vestirse conocieron la misma desarticulación de las reglas, el mismo rechazo de los formalismos, de las convenciones e imposiciones «burguesas». Por doquier se desató un proceso de flexibilización de las obligaciones y de las normas colectivas, una volatilización de la pesadez de los códigos sociales. El culto al trabajo y al éxito social fue reemplazado por la búsqueda de formas nuevas de vida a través de la sexualidad «libre», la música, los viajes, las drogas: nada parecía más importante, ni siquiera más «revolucionario», que «pasarlos bien», «soltarse el pelo», «pasar de todo». Tal era el momento *cool* de las democracias, que se basaba en un ideal de ligereza individual absoluto de la vida en sociedad.

No era ciertamente la primera vez que se llevaba al extremo un modelo de vida veleidoso, centrado en la búsqueda del placer y el rechazo de las convenciones sociales que imponían límites al deseo. En el siglo de las Luces, el libertinaje pasó a ser un ideal de vida, así como una moda mundana. Toda una literatura proponía, contra los valores antiguos, la liberación de las pasiones y el sentimentalismo amoroso. La fidelidad se declaraba ridícula, se exaltaban los amoríos, las aventuras amorosas sin ataduras ni sentimientos serios. Las relaciones hombres/mujeres se valoraban como un juego de sociedad con argucias, tácticas y estrategias. Lo que contaba en el universo libertino era vencer los obstáculos, pasar de conquista en conquista, coleccionar trofeos, subyugar a las mujeres. Seducir, obtener los favores de

la persona deseada, encontrar placer en lo inusual y la dificultad superada: tal era la ligereza versátil del libertino.

Este modelo no tenía nada que ver con el espíritu *cool*. Sin duda encontramos en los dos casos una voluntad de emancipación del orden moral, así como una llamada a la satisfacción de los sentidos, pero hay un abismo entre estas dos corrientes surgidas de mundos históricos distintos. La ligereza atrevida del libertino es un ejercicio de convención que exige elegancia en la expresión, disimulo de los sentimientos, todo un plan de seducción. La de la época *cool*, asociada a la desenvoltura, a la conducta distendida y desformalizada, no se busca ya en las máscaras ni en los juegos sutiles con los signos, sino a través de la espontaneidad del deseo y la autenticidad del sujeto. La ligereza libertina mantiene la semejanza de los papeles sexuales, la ligereza *cool* es igualitaria. La primera es una «guerra galante» que no sobrepasa los límites del círculo restringido de la élite social, mientras que la segunda se desea «distendida», sin espíritu de conquista, sin barreras sociales. El mundo aristocrático en declive generó la frivolidad libertina. El universo democrático-individualista tardío, la ligereza *cool*.

Lo *cool* ha sido la tónica dominante de una época. Pero ¿lo sigue siendo en una época de reflexión y de competitividad generalizada? ¿Es todavía la verdad del mundo de las vivencias? La revolución de las costumbres ¿permite realmente vivir de manera más aérea? Tras los goces de los libertinos y de las fiestas galantes acechaba el terror al tedio. Hoy hay otros temores enfrente del orden *cool*. Pobre Ícaro, cuyas alas no dejan de arder conforme aumentan las promesas de ligereza.

PAREJAS DEL TERCER TIPO

Desde los años sesenta la esfera familiar viene conociendo una transformación excepcional, caracterizada por la confluencia

cia de rasgos hoy bien conocidos: descenso de los enlaces matrimoniales, reducción de los nacimientos, aumento de los divorcios, aumento de las uniones libres, de las familias monoparentales, de los nacimientos fuera del matrimonio. Y ya en nuestros días, la legalización de las uniones entre personas del mismo sexo. Esta nueva fisonomía de la familia refleja el crecimiento de la necesidad de autonomía individual ante las instituciones, los deseos individualistas de una vida libremente elegida, emancipada de las obligaciones del orden familiar tradicional: la familia ha entrado en el reinado *cool* de la individualización desregulada o desinstitucionalizada.

Hoy son los individuos quienes eligen la manera de vivir juntos: casarse, divorciarse, vivir en concubinato, tener hijos, todo se ha vuelto asunto de libertad personal. El matrimonio no es ya una unión obligada, impuesta por los padres, y cuando lo es, genera una condena casi unánime. Y los nacimientos no son ya una fatalidad natural, sino una elección. Más allá de la esfera de la vida material, el ideal moderno de aligeramiento de la existencia ha invadido el universo de la intimidad de la pareja, de los lazos conyugales, de la relación entre los sexos. En las sociedades hiperindividualistas, la aspiración a la felicidad fluye hacia el molde de una vida para sí misma, liberada del peso que las imposiciones colectivas ejercen sobre la vida privada.

Las transformaciones de la vida en pareja expresan el empuje del proceso de individuación. El modelo de la pareja en estado de fusión, que impone compartirlo todo, hacerlo todo juntos, «ser sólo uno», desaparece en beneficio de una estructura conyugal basada en el reconocimiento de la autonomía de los sujetos. Dentro de este marco, cada uno puede vivir cosas distintas en el mismo momento, encontrarse separadamente con sus propios amigos, ir a fiestas solos, pasar un fin de semana o las vacaciones en solitario. Hay nuevas formas de convivencia que posibilitan una vida más individualizada: tener cuentas separadas, no dormir en la misma habitación, desarrollar proyec-

tos personales. La espiral de individuación hace declinar el modelo de la fusión, que se compara a una estructura carcelaria que asfixia la libertad y el deseo, la libertad personal y la ligereza de ser. Mientras crece la necesidad de tomarse respiros en la vida conyugal, se inventan formas nuevas de «matrimonio light».¹

Una ligereza que se manifiesta por igual antes del matrimonio. Los jóvenes en particular viven ya juntos muy pronto, sin casarse, sin promesas de un futuro en común, sin compromisos. Es verdad que algunos rechazan la institución matrimonial, pero la mayoría se contenta con posponer la fecha y practica el «ensayo de matrimonio», probando diversas maneras informales de vivir juntos. Jean-Claude Kaufmann habla en este sentido de «ligereza conyugal» o de «coexistencia ligera», que permite sentirse libre, vivir el presente sin el peso de los proyectos de futuro, no sintiéndose prisioneros de un marco institucionalizado; y en consecuencia pudiendo retirarse de la relación sin complicaciones.² Con la hipermodernidad se consolida el tiempo individualista de las parejas efímeras, basadas en compromisos flexibles, sin riesgos, modificables a voluntad.

El derecho registra ya estas nuevas necesidades de coexistencia ligera. Así, el Pacto Civil de Solidaridad (PACS, ley votada por el Parlamento francés en 1999) reconoce la unión entre dos personas homo o heterosexuales, con más flexibilidad que el matrimonio, sobre todo en materia de separación y de herencia. Menos solemne que el matrimonio, puede disolverse de manera unilateral si una de las partes presenta la declaración correspondiente en un tribunal de primera instancia. Las parejas prefieren este contrato fácil de romper que está desplazando cada vez más al matrimonio.

1. François de Singly, *Libres ensemble*, Nathan Pocket, París, 2000, pp. 319-320.

2. Jean-Claude Kaufmann, *Sociologie du couple*, PUF, París, 1993, pp. 44-46.

Hoy es de buen tono lamentar en voz alta esta revolución basada en un individualismo hipertrofiado, «consumista», sin responsabilidad ni vinculación verdadera. ¿Es justa esta apreciación? Dista mucho de ser exacta porque el reinado del hiperindividuo no ha erradicado ni el ideal de intimidad ni el valor de los sentimientos. Todo lo contrario. Mientras la pareja siga siendo una referencia central, un ideal compartido por la gran mayoría, el único matrimonio legítimo será el basado en el amor. Jamás las conductas privadas han estado tan gobernadas por los sentimientos, jamás ha llegado el corazón a descalificar tanto el matrimonio por interés. ¿Cómo hablar de «devaluación de los sentimientos»,¹ de «desentimentalización del mundo»² o de «obscenidad amorosa»³ cuando el amor se impone como tema fundamental de las canciones, la literatura, el cine y las revistas femeninas? Incluso el imaginario del «príncipe azul» sigue estando de actualidad. Las rupturas de las parejas se viven hoy más que nunca como dramas, como heridas a menudo insoportables. ¿Ha dejado de esperarse que duren mucho las relaciones amorosas? Ni muchísimo menos. La verdad es que la desregulación *cool* no ha causado en modo alguno el hundimiento de los discursos, las esperanzas ni los sueños de amor. Nuestra cultura hiperindividualista es a la vez consumista e idealista, materialista y sentimental. Las lágrimas, los gestos delicados, el romance..., nada de esto ha muerto ni ha pasado de moda: aunque sea con actitudes *cool*, el «roman-

1. Allan Bloom, *L'amour et l'amitié*, Éditions de Fallois, París, 1996, p. 9. [Versión española: *Amor y amistad*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996, trad. de Carlos Gardini.]

2. Claude Habib, *Le consentement amoureux*, Hachette/Pluriel, París, 1998, p. 283.

3. Roland Barthes, *Fragments d'un discours amoureux*, Seuil, París, 1977, p. 211. [Versión española: *Fragmentos de un discurso amoroso*, Siglo XXI, México, 1982, trad. de Eduardo Molina, p. 144.]

ticismo» sigue agitando y torturando los corazones tanto como antes. Cuanto menos pesan en nosotros las instituciones tradicionales, más pesa la afectividad en la esfera privada.

El reinado de los sentimientos en régimen de libertad presenta un lado innegablemente positivo: podemos elegir a la persona con la que queremos vivir, «experimentar» con amores provisionales, romper a voluntad, salir de uniones desgraciadas sin estar condenados a soportarlas «para siempre». Conforme se abre el campo de las posibilidades pasionales, ganamos el derecho a volver a barajar y a «rehacer» nuestra vida a cualquier edad. En el universo de la pareja pueden soplar nuevos vientos: ¿quién desea realmente volver atrás?

Pero la revolución de lo ligero tiene dos filos. Pues la libertad individualista, por poner fin a los vínculos indestructibles, trae consigo la sensación de inseguridad, de incertidumbre sobre el futuro, de miedo a la «expulsión». La fragilidad de los lazos y la facilidad actual para las desvinculaciones traen consigo unas veces las delicias de la renovación, otras la pesadilla de quedar colgados, abandonados, solos. Todo se ha vuelto temporal, flexible, desechable:¹ un proceso de desvinculación con su inevitable cortejo de heridas, llantos, decepciones, sensaciones de fracaso. En este contexto, muchas personas tienen miedo de vivir un nuevo fracaso doloroso y no piensan sino en protegerse de sufrimientos que siempre son posibles en las relaciones afectivas. La soledad como consuelo: más vale estar solo que vivir conflictos agotadores y un nuevo fracaso. La libertad en materia de relaciones se transforma en miedo a las relaciones.

En resumen, lo que debería liberarnos del peso de las obligaciones sociales ha creado una carga cada vez más pesada de soledades y fracasos repetitivos. No vivimos tanto la insoporta-

1. Véanse los análisis de Zygmunt Bauman, *L'amour liquid*, Fayard/Pluriel, París, 2010. [Versión española: *Amor líquido*, FCE, Madrid, 2005, trad. de Mirra Rosenberg y Jaime Arrambide.]

ble levedad del ser como la carga de la soledad del ser. La victoria de la revolución de lo ligero está en claroscuro y su balance es ambiguo: aunque la ligereza-movilidad haya ganado, no puede decirse lo mismo de la ligereza interior.

Lo «cool» y su otro

El orden *cool* hiperindividualista es inseparable de una volatilización de la pesantez de la familia. Sin embargo, esta revolución no significa advenimiento de relaciones íntimas *cool*, ligeras, distanciadas. Ya hemos visto que las separaciones no dejan de causar dramas personales intensos. Los divorcios se han legitimado y son jurídicamente «fáciles»: no obstante, comportan frecuentemente depresiones, incomprensiones mutuas, rencores, recriminaciones. La custodia de los hijos genera incontables litigios. Las peleas siguen estando a la orden del día. Aunque se han aligerado las pesanteces colectivas, las experiencias cotidianas son duras y siempre cargadas de deseo de dominar, de odio, de resentimiento, de conflictos. La individualidad *cool* es más un mito de la revolución de lo ligero que una vivencia real.

Tampoco puede negarse que la familia ya no se vive como una institución alienante: centro de afecto, es la única institución por la que la inmensa mayoría se declara dispuesta a hacer sacrificios. El odio gideano a la institución familiar ha sido reemplazado por la familia afectiva que amamos. Sólo que sigue siendo un lugar de numerosas violencias. Ya a principios de los años ochenta Jean-Claude Chesnais señalaba que la violencia era intensa, «más que en ningún otro medio»: entre la cuarta y la tercera parte de los homicidios eran asesinatos domésticos.¹ En la actualidad, en Francia, cada dos días se comete un homicidio en el seno de una pareja: en 2012 murieron 148 mujeres y 26 hombres a ma-

1. Jean-Claude Chesnais, *Histoire de la violence*, Pluriel, París, 1981, pp. 100-101.

nos de sus cónyuges o de los ex. Una mujer de cada diez confiesa haber sufrido violencia conyugal. Más de 80.000 mujeres al año son víctimas de violaciones o de tentativas de violación: en el 30% de los casos el autor es el cónyuge. Mujeres maltratadas, violaciones, incestos: ninguna de estas violencias «tradicionales» ha desaparecido. Ha habido aligeramiento de las presiones colectivas, no de las relaciones interpersonales en el seno de las parejas. Ligereza institucional, peso agobiante de la violencia doméstica.

Nueva infidelidad, fidelidad de siempre

A diferencia de lo que ocurre en los matrimonios, el pacto de las parejas de hecho no prevé la obligación de ser fieles. Pero no es ésa la razón de su éxito social. Pues el principio de la satisfacción inmediata se detiene en la frontera de la fidelidad. La época de la contracultura que podía equiparar la fidelidad a una norma burguesa y represiva ya no existe. Hoy sólo una minoría considera la infidelidad algo sin importancia y la inmensa mayoría estima la exclusividad amorosa como una condición necesaria para llevar una vida en pareja. Hay que reconocer que la cultura individualista y hedonista no ha conseguido devaluar el ideal de la fidelidad. Asociadas al engaño, la traición, el doble juego, y chocando de frente con el principio moderno de la autenticidad, las aventuras extraconyugales no han conseguido conquistar una legitimidad moral y social.

Si se pone freno a la voluntad de autonomía total, el modelo de amor exclusivo causa numerosos fracasos a la experiencia subjetiva de la ligereza. A pesar de la liberalización de los costumbres, los individuos no son precisamente *cool* en materia de relaciones extraconyugales: lo demuestran miles de episodios trágicos. Ser engañados hace mucho mal en general y sigue siendo muy poco aceptado: en este sentido, hoy como ayer, los individuos no son en modo alguno «independientes». Ya lo vimos en la película *Los bronceados*: lo *cool* es más una apariencia

que una esencia. Lejos de los sueños de ligereza *cool*, el individuo actual conoce la angustia de los celos y dista de haber acabado con el deseo de poseer al otro.

Lo cual no impide que hayan aparecido nuevas formas de pensar y vivir la infidelidad. En la Red abundan los sitios dedicados a personas casadas que buscan relaciones extramatrimoniales. Hay muchachas que reconocen en los medios haberse acostado con un hombre la víspera de su casamiento. Tanto en conversaciones privadas como en artículos de revista es mucho lo que se dice sobre el tema de «¿qué es la infidelidad?». Cuando empieza, cuándo dejamos de ser fieles. Un largo coqueteo o mantener conversaciones picantes en Internet ¿significan que se ha roto el compromiso de fidelidad? ¿Acostarse con otra persona es «engañar» en todos los casos? Vemos así aparecer las nuevas taxonomías de la inconstancia amorosa: infidelidad sexual, infidelidad sentimental, infidelidad online..., comportamientos que pueden valorarse e interpretarse de muchas maneras. Hoy queda al arbitrio de cada cual la definición y la valoración de los amores paralelos: hemos entrado en la era reflexiva, individualista y pluralista de la infidelidad.

En este contexto, aun en el caso de que las relaciones no exclusivistas sigan siendo mayoritariamente ilegítimas, las formas que adoptan, sobre todo entre las mujeres, no son ya tan vergonzosas como en el pasado. Hoy las mujeres confiesan su doble vida en los medios, la legitiman como forma de ser ellas mismas, de seguir perteneciéndose, de existir de manera libre e independiente, de sentir el placer de «seguir siendo ligera, lúdica, y tener curiosidad por la vida».¹ Contra el tedio y la pesadez que representa la vida cotidiana con el cónyuge, la infidelidad funciona como un respiro necesario. En nuestra época crece una especie de desculpabilización de la inconstancia en nombre del derecho a la ligereza, al placer, a la autonomía personal: la

ligereza ya no es una infamia moral, sino un medio de salvar la pareja y de reconquistarse a uno mismo. Las chicas también reivindican el derecho a tener varias aventuras a la vez. Estamos en el momento en que muchas mujeres piden el derecho a ser infieles, como lo han sido tantísimos hombres durante siglos: incluso la relación con la infidelidad lleva la huella de la igualdad democrática.

Vemos igualmente que se abre paso una nueva tolerancia hacia el adulterio cuando la pareja está «alicaída», cuando la relación se degrada: la fidelidad sigue siendo un valor a condición de que no exija el sacrificio de las partes ni esfuerzos extremos. Estamos en la época de la fidelidad postsacrificial, otro signo de nuestra relación light con la vida ética.

PADRES «COOL», HIJOS FRÁGILES

Las transformaciones de la familia no se reducen a las que afectan a la vida de las parejas: se refieren también a la forma de educar a los hijos, a las relaciones paternofiliales. En este plano también son impresionantes los cambios producidos: por decirlo brevemente, hemos pasado de un modelo autoritario a un modelo flexible, comprensivo, *cool*. El cambio es tan profundo que algunos autores hablan de una ruptura portadora de revolución antropológica.

Durante todo el ciclo de la primera modernidad, incluso cuando había diferencias importantes según los medios sociales, se consideraba buena educación la que exigía sobre todo disciplina y obediencia estricta del hijo. Este modelo autoritario se expresaba mediante el poder de los padres, a los que se reconocía el derecho a decidir el futuro de sus hijos, los estudios que harían, el oficio que ejercerían. Los castigos corporales eran frecuentes y aceptados: Jules Vallès cuenta que su madre le pegaba todos los días. Los matrimonios, en muchos medios, eran concertados por

1. François de Singly, *Libres ensemble*, op. cit., p. 317.

las familias, los padres debían controlar la correspondencia y las lecturas de sus retoños, les escogían la ropa que se ponían, así como las amistades que debían frecuentar. Durante las comidas, en principio, los hijos debían guardar silencio y no servirse ellos mismos. Había que evitar las confianzas y por encima de todo no había que malacostumbrarlos ni que satisfacer sus caprichos. Una educación rígida que se basaba en la idea de que había que enseñar a los hijos la dureza de la vida, prepararlos para las adversidades, inculcarles el sentido del deber por la práctica de la obediencia. La cultura moderna del individuo comportó de este modo, hasta los años sesenta, un modelo educativo severo que impedía el reconocimiento de los deseos propios de los hijos.

Este modelo ha periclitado, su legitimidad ha desaparecido en beneficio de normas relacionales y psicológicas que valoran la comprensión, el diálogo, el intercambio. Desde principios del siglo XX la educación rigorista, de «mano dura», recibió críticas de diferentes corrientes reformistas, pero la concepción comprensiva, psicológica y a veces permisiva de la educación no se difundió en el cuerpo social hasta las revueltas de los años sesenta. El sistema centrado en la «frustración» y la obediencia del hijo fue reemplazado por un orden educativo cuyo objetivo era su felicidad inmediata y el fomento de su autonomía. El nuevo sistema educativo se alzó frente al espíritu coercitivo y de sanciones que se consideraba incompatible con el respeto a la individualidad y la vida independiente de los ciudadanos más jóvenes. El maestro no es ya la disciplina, sino la atención a los deseos, el reconocimiento de la singularidad personal. Se van las imposiciones rigoristas y los castigos corporales,¹ llegan el desarrollo y la realización sin imposiciones, el intercambio flexible, abierto, *cool*. No castigar, sino respetar y favorecer la individualidad del niño en un espacio de afecto, placer y comprensión.

1. Incluso los castigos corporales llamados «ligeros» (azotes, bofetadas) están actualmente prohibidos en 34 países, 24 de los cuales son europeos.

Los aspectos positivos de este cambio de paradigma no deben subestimarse. Pero a estas alturas tampoco deben ocultarse los efectos negativos que comporta. La educación permisiva, en efecto, favorece el desarrollo de los niños inquietos, hiperactivos, ansiosos y frágiles, porque se han educado sin reglas ni límites, sin figura que represente la autoridad, sin asignación de lugares claros que son como normas indispensables para la construcción y la estructuración del yo. No a otra razón se debe el considerable aumento de los niños atendidos por los psicólogos y los servicios de psiquiatría pública. Está demostrado que este estilo educativo priva a los niños y más tarde a los adultos de recursos psíquicos suficientes para resistir la confrontación con la realidad, para adaptarse al mundo exterior, soportar las frustraciones y los conflictos: en Francia, el 20 % de las chicas y casi un chico de cada diez ya han intentado suicidarse antes de cumplir dieciséis años. La lógica educativa *cool* tiende a producir inseguridad psicológica, desestructuración de la personalidad, incapacidad para dominar los impulsos y deseos. Tal es la ironía de la ligereza hipermoderna, que no deja, por sus excesos permisivos, de volverse contra sí misma.

¿JUEGO DE EROS?

El terreno de la vida sexual registra igualmente la dinámica *cool* de liquidación de los controles colectivos. El resultado ha sido la aparición de pautas sexuales más flexibles, menos normalizadoras. Lo que se llamó liberación sexual fue una de las grandes figuras del proyecto moderno de aligeramiento de la vida.

Sexo «cool»

Durante la segunda mitad del siglo XX se impuso un nuevo modelo de vida sexual, liberado de los marcos moralistas y re-

presivos de otros tiempos. Los principios rigoristas de la moral sexual desaparecieron en dos o tres décadas: el sexo-placer reemplazó al sexo-pecado, la virginidad prematrimonial dejó de tener valor moral, ya nadie condena la sexualidad libre de las mujeres o de las adolescentes solteras. Ni siquiera la homosexualidad se pone ya en entredicho, al menos en los grandes centros urbanos. Hoy es legítimo buscar y vivir una sexualidad voluntaria, libre de toda coacción social. Desembarazada de la carga de las prescripciones moralistas, Eros encuentra todo su valor en sí mismo, en cuanto medio necesario para el equilibrio y la felicidad individuales. Si Eros fue instrumento de decadencia, hoy ha pasado a ser una de las grandes vías de la existencia aérea.

La guerra contra la vieja carga del mundo se expresó con fuerza en la efervescencia contestataria de los años sesenta. El culto a la liberación del deseo saltó a las candilejas y se proclamó el derecho al «goce sin trabas», el derecho a vivir una sexualidad liberada, recreativa, sin compromisos afectivos. La contracultura y los valores hedonistas que trajo la sociedad de consumo provocaron una «insurrección» caracterizada por la demanda de una liberación ilimitada del terreno sexual. Eros se ve como equivalente a un placer desligado de toda significación moral y sobre el que la sociedad ya no tiene derecho de fiscalización. Se trata de aligerar a Eros del peso de la falta moral, de hacer de la vida amorosa una embriaguez, una fiesta permanente, una pirotecnia de la existencia. Lo que frenaba a las personas y debía encadenarse se ve hoy como instrumento de salud, camino idóneo de una vida más ligera.

La revolución es real. Vivimos en una sociedad en la que la sexualidad extraconyugal ya no quiere decir vicio, donde cada cual, cuando se divierte, es libre de hacer lo que le plazca, si el otro consiente; donde las homosexualidades han adquirido derecho de ciudadanía, donde el porno se consume a voluntad, donde la edad avanzada ya no es un freno para los placeres de la carne. Transformado en actividad «sin obligaciones ni san-

ciones», Eros se ha desembarazado del peso de la culpa moral y de la carga de las obligaciones puritanas.

Muchos son los signos de aligeramiento, en particular si consideramos los casos de las mujeres y las personas homosexuales. Mientras estas últimas pueden encontrarse, multiplicar sus aventuras y vivir juntas mucho más fácilmente que antes, las mujeres pueden tener ya una vida sexual sin que la idea de quedarse embarazadas las aterrorice. Conforme aumenta la duración de las relaciones sexuales y de los preliminares, las mujeres se muestran más activas y hedonistas. La vida sexual se ha vuelto, para la inmensa mayoría, más sensual, más lúdica, más recreativa. Muchas adolescentes empiezan su vida sexual a los dieciséis años y cambian de pareja sin sufrir el oprobio del medio en que viven. Y hay bastantes mujeres que reconocen ya que se dejan tentar, de vez en cuando, por aventuras de una noche, por el solo placer erótico. En este contexto, la expresión «mujer ligera» ha perdido su sentido tradicionalmente peyorativo. Ya no señalamos con el dedo a una mujer «ligera»: ahora sonreímos.

Paralelamente a este proceso de desculpabilización, el Eros femenino se vive y se manifiesta de un modo más lúdico. Un sondeo de Ifop, publicado por *Femme Actuelle* en 2013, reveló que casi una francesa de cada dos, con menos de treinta y cinco años, ha probado la flagelación erótica; 7 de cada 10 han hecho el amor, o les gustaría hacerlo, maniatadas o esposadas, y atar o encadenar a su pareja; el 40 % ha utilizado juguetes sexuales en solitario o en pareja. Dos francesas de cada tres han sentido la tentación de hacer el amor con los ojos vendados y una de cada dos la de hacerlo en un lugar público. Está en expansión todo un repertorio erótico femenino, cada vez más diversificado, desacomplejado y abierto a los juegos pícaros del placer.

Las mujeres hablan mucho más libremente, y no sin humor, de cuestiones sexuales. En la Red, protegidas por un seudónimo, dan libre curso a sus fantasmas, hablan de su vida erótica, juegan con el deseo del otro. Entre amigas, la libido, que

ya no es tabú, puede hacer reír. Ataño, sólo los hombres tenían libertad para divertirse en público con estos temas. En la actualidad no faltan las mujeres humoristas que hacen bromas con las relaciones amorosas: el segundo sexo ríe y hace reír con los actos sexuales. Las mujeres han adquirido indiscutiblemente una nueva ligereza en su relación con el vocabulario sexual.

En las páginas de contactos que hay en Internet, cada cual, hombre o mujer, puede jugar con su identidad, decirlo todo, pedirlo todo, desnudar sus fantasmas, engañar, entrar en comunicación sin esfuerzo con multitud de desconocidos y cortar toda relación con un clic. Los obstáculos tradicionales y los antiguos rituales pesados parecen haberse volatilizado en una especie de universo mágico de posibilidades ilimitadas, de contactos fáciles, diversos, sin compromisos. El universo del contacto amoroso ha entrado en una nueva era: la de la fluidez, el zapeo, la instantaneidad, la ligereza virtual.

Eros problemático

Inflación de imágenes porno,¹ difusión de juguetes sexuales, facilidad de contactos online, permisividad sexual, legitimidad del deseo inmediato, maduras que exhiben a sus *toy boys*, multiplicación y cambio frecuente de pareja: todos estos fenómenos permiten radiografiar a una sociedad que, trivializando

1. La pornografía participa de la revolución de lo ligero en la medida en que se consuma libremente y esté libre de todo contenido transgresor, vicioso o perverso. Pero, por otro lado, qué hay menos ligero que el porno, esa economía pesada del sexo que se basa en primeros planos de los órganos, los enfoques anatómicos con zoom, el sexo-máquina hiperrealista, despojado de todo juego de seducción. En los antípodas de los sueños etéreos, el imaginario del porno es productivista y *hard*: es acumulación de signos libidinales, «exacerbación realística, obsesión maníaca de lo real». Véase Jean Baudrillard, *De la seducción*, Galilée, París, 1979, pp. 55 y 57. [Versión española: *De la seducción*, Cátedra, Madrid, 1981, trad. de Elena Benarroch, pp. 39 y 41.]

el sexo, lo ha transformado en una especie de actividad ociosa, en placer del momento, sin compromisos ni consecuencias. Así, al parecer, hemos entrado en la era *cool* del sexo-ocio, del sexo divertido.

Aunque muchos hechos corroboran este modelo, otros en cambio dan una imagen muy distinta de la vida sexual de nuestro tiempo. Desde los años ochenta la epidemia del sida ha rodeado el sexo de un clima de temor: la fiesta liberacionista ha sido reemplazada por medidas de protección y desconfianza hacia el otro. En Estados Unidos, la «corrección política» creó un clima de intimidación y de caza de brujas. Para algunas feministas radicales, toda penetración masculina equivalía a una violación. Por todas partes vimos proliferar el miedo, las polémicas, los conflictos a propósito del sexo: acoso sexual, prostitución, pedofilia, pornografía, matrimonios gays. Debates colectivos que revelaban una hipermodernidad en que la permisividad comportaba problematizaciones y cautelas. Lejos de apaciguarse o enfriarse, el terreno sexual no ha dejado de alimentar polémicas y debates vehementes. La palestra ya no está ocupada por las proclamas libertarias, sino por las prevenciones, las peticiones de regulaciones públicas, las exigencias de penalización.

Las nuevas formas de lucha contra la prostitución ilustran de otra manera los límites del aligeramiento del campo sexual. Suecia, desde 1999, practica la política de penalizar no a las prostitutas sino a sus clientes. Noruega le viene pisando los talones, lo mismo que Islandia, Escocia y poco después Francia. En los países escandinavos, quienes solicitan los servicios de un/una prostituto/a pueden ir a la cárcel. Los noruegos que recurren a la prostitución, incluso en el extranjero, pueden ser perseguidos por la justicia de su país. El 70% de los suecos se declara partidario de esta medida, que se defiende como el mejor medio para reducir o acabar con las relaciones sexuales comercializadas. ¿Hasta dónde se llegará por este camino? Se ha dado un paso más allá en Islandia, donde se han prohibido ya

los clubs de striptease. En lugar de ver que se aligera la vida, vemos más bien un proceso de criminalización.

Un libertinaje en trampantojo

Aunque la sexualidad se ha vuelto una preocupación omnipresente, hay que señalar que no vivimos en modo alguno en una época entregada a la anarquía libidinal. Se nos pinta una sociedad dominada por una especie de libertinaje en masa: la verdad es que éste no se ve por ninguna parte. El 16 % de los hombres y el 34 % de las mujeres confiesan no haber tenido más que una sola pareja en su vida; el 26 % de los primeros y el 15 % de las segundas declaran haber tenido entre seis y catorce. Sólo el 21 % de los hombres y el 5 % de las mujeres manifiestan haber tenido quince parejas o más. Las mujeres comprendidas entre los 45 y los 49 años han tenido de media 2,3 parejas, y los hombres 6,9. En el curso de los doce últimos meses el 74 % de los hombres y el 76 % de las mujeres no han tenido más que una sola pareja.¹ Las prácticas de intercambio afectan a menos del 1 % de la población; el amor entre varios está tan poco extendido como las relaciones sexuales con una persona conocida el mismo día. Son fenómenos que casan mal con la idea del nomadismo sexual desmelenado, de un Eros versátil y vagabundo.

Estos datos empíricos invitan a corregir la idea comúnmente propuesta de que el sexo no es más que una forma particular de consumismo. La sexualidad «ha adquirido un carácter de frivolidad e independencia personal [...] en todos los aspectos comparable a la actitud del consumidor»,² decía ya hace años

Helmut Schelsky: orden sexual, orden *cool*, orden consumista, orden lúdico, todo es lo mismo. Sin embargo, la realidad es más compleja. En realidad, la sexualidad hedonista y la mayor facilidad para entablar y deshacer relaciones amorosas no bastan para sostener la tesis de que la vida sexual contemporánea es como la ligereza consumista. La vida sexual no se parece más que excepcional o episódicamente al saqueo de los consumidores: no es cierto que los compañeros o compañeras de cama vayan y vengan como los productos y las marcas. Sin duda son muchos los hombres y las mujeres que reconocen haber tenido relaciones con parejas que apenas cuentan a sus ojos (el 41 % y el 18 %, respectivamente). Las jóvenes actuales tienen muchos amantes de paso y contactos de una sola noche por puro placer. Sin embargo, lo habitual es que tanto hombres como mujeres se comprometan sentimentalmente en su relación, y lo demuestran las heridas, las depresiones, las decepciones, los resentimientos que siguen a las separaciones. Por lo demás, dos mujeres de cada tres y un hombre de cada dos piensan que no se puede tener relaciones sexuales sin amar a la otra parte.¹

La sexualidad *cool* se ha vuelto legítima, pero en realidad se vive muy poco como tal, dado que en este campo andan por medio la cuestión de la propia imagen y la fuerza de los sentimientos. «Si se cambia, cambie de Kelton»: * este principio no se aplica a la vida sexual más que de un modo muy limitado. Aunque las prácticas sexuales sean más recreativas, las relaciones en cuanto tales no se parecen al zapeo del consumidor. El valor que se concede al amor y a la proximidad, la necesidad de seguridad íntima, el deseo de no ser considerado un «objeto» intercambiable frenan continuamente la trashumancia del deseo y mantienen el principio de ligereza dentro de unos límites

1. Nathalie Bajos y Michel Bozon (eds.), *Enquête sur la sexualité en France*, La Découverte, París, 2008, pp. 217-229.

2. Helmut Schelsky, *Sociologie de la sexualité*, Gallimard, París, 1966, p. 224. [Versión española: *Sociología de la sexualidad*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1962.]

1. *Enquête sur la sexualité en France*, op. cit., pp. 225-226 y 554-555.

* Publicidad de los años setenta del reloj Kelton, de fabricación francesa. (N. del T.)

relativamente firmes. Sea cual sea el avance del liberalismo sexual, hacer el amor y comprar una mercancía no pertenecen a la misma familia de comportamientos. A pesar de todo lo que haya cambiado, Eros es más serio que ligero, dado que está cargado de intensidad emocional y de implicación subjetiva.

Es verdad que en Internet se puede decir todo, pero tras la máscara del seudónimo. Cuando volvemos a la superficie de la realidad, la presunta ligereza se eclipsa. Un joven se suicidó cuando se difundió en Internet, sin que él lo supiera, un vídeo en que se veían sus escarceos homosexuales. Revelar en público el nombre de las propias conquistas se considera una indiscreción. Las jóvenes se quejan porque las tratan de «guarras», «putas» y «ninfómanas» en los foros de discusión y en las redes sociales. El miedo a la falta de virilidad o a aparecer como el campeón del gatillazo es más frecuente que nunca entre los hombres. La sexualidad dista mucho de haberse vuelto ligera: no es cierto que se haya vuelto un simple pasatiempo y menos aún una forma de consumo como cualquier otra.

La cuestión merece plantearse con todas sus letras: la revolución sexual que empezó en los años sesenta, ¿ha conseguido realmente aligerar la vida erótica? Lo niegan rotundamente muchos autores que subrayan la creciente soledad de las personas, el aumento de las frustraciones desatadas por normas de autorrealización que dan lugar a la idea de no «estar a la altura» y vuelven cada vez más insoportable una vida erótica insatisfactoria: la verdad es que el reinado de la sexualidad-pasatiempo no se parece a la imagen *cool* que transmite. Los problemas de erección afectan a un francés de cada cuatro; casi dos franceses de cada diez de entre 20 y 24 años y 60 y 64 no han tenido ninguna relación sexual en los últimos doce meses; más del 10 % de los hombres y las mujeres comprendidos entre los 20 y los 24 años declara no haber tenido ninguna pareja sexual en cinco años; una mujer de cada dos y un hombre de cada cuatro que viven acompañados reconocen no sentir deseo sexual por

su pareja. Es evidente que el liberalismo sexual no ha conseguido crear un Paraíso de los sentidos para todos: para muchísimos individuos la carga de la insatisfacción sexual no ha hecho más que aumentar de peso. La era del sexo divertido es también la de la bancarrota del deseo, la de los sujetos con «síndrome de abstinencia», la de una tristeza sexual tanto más sentida cuanto que Eros se considera hoy ligero, fácil, feliz.

Sin duda podrían oponerse a este sombrío cuadro de «entropía erótica» (Sloterdijk) estadísticas globales más optimistas, que casi el 90 % de los hombres y las mujeres creen buena o muy buena su situación actual. Pero eso es porque se suman las respuestas de los «muy satisfechos» y las de los «satisfechos», que no son en modo alguno equivalentes. En la encuesta de 2006 sobre la sexualidad de los franceses, el 31 % de las mujeres y el 27 % de los hombres dicen que su situación es «muy buena», pero el 56 % de las mujeres y el 60 % de los hombres la definen como «satisfactoria».¹ Pero ¿qué significa exactamente «satisfactoria»? ¿Quién no ve la distancia existente entre los dos tipos de respuesta? Una tiene un dejo eufórico; la otra, que no lo tiene, deja planear cierta duda y eso significa un estado de satisfacción aceptable, no desastroso, pero muy relativo. Desde este punto de vista, menos de una persona de cada tres considera su vida sexual plenamente satisfactoria.

Mercado, amor y reconocimiento

La pregunta es inevitable: ¿cómo se explica la moderación libidinal que reina en nuestra cultura hipersexualizada? Es evidente que para muchos hombres esta «prudencia» parece cualquier cosa menos voluntaria: se vive como frustración y tristeza sexual, no sin algunas dependencias con marcadas desigualdades en materia de fortuna y seducción. El sexo es libre, pero

1. *Enquête sur la sexualité en France, op. cit.*, p. 332.

esto no crea en modo alguno las condiciones de una seducción y una deseabilidad iguales para todos los hombres. Las promesas de liberación de las costumbres, ello es evidente, no han transformado a cada hombre en un irresistible playboy: los solos, los feos, los viejos, los que no tienen un céntimo no han desaparecido de la faz de la tierra por arte de magia. Como señala con amargura Michel Houellebecq, en un sistema de liberalismo sexual ha de haber necesariamente ganadores y perdedores, «unos hacen el amor con docenas de mujeres, otros con ninguna. Es lo que se llama “ley del mercado” [...] En un sistema sexual totalmente liberal, unos tienen una vida erótica variada y excitante, otros se ven reducidos a la masturbación y a la soledad».¹ Bajo la superficie *cool* del sexo, reinan la competencia dura de las singularidades y el poder del dinero: «El poder y la fortuna erotizan más que nunca, el cuento de hadas está muy cerca de la cuenta bancaria.»²

El mercado desregulado de los amores no es más que una parte de la explicación. Porque es difícil separar la relativa «tranquilidad» de las costumbres de nuestro ideal relacional y del culto que rendimos al amor ideal. El valor que reconocemos al amor y a la proximidad intimista, la necesidad de seguridad y de continuidad relacional contribuyen a favorecer los vínculos estables en detrimento de las promiscuidades. Son los códigos del sentimiento y de la comunicación intimista los que frenan, no sin éxito, las correrías del deseo. Aunque el amor es un operador de intensificación del deseo, funciona al mismo tiempo como vehículo de limitación y fijación de Eros. El

amor, al menos cuando es correspondido, aligera la sensación de vivir, pero impide tomarse el sexo «a la ligera».

Y si el amor sigue recibiendo tan encendidos elogios es porque responde a uno de los deseos más profundos del individuo: ser reconocido como persona singular. Ser amados significa que se nos elige por nosotros mismos, que se nos prefiere a otras personas, de aquí el placer narcisista que comporta la experiencia amorosa, cuando es afortunada. Esta espera de reconocimiento es común a hombres y mujeres, pero en éstas tiene efectos más restrictivos sobre la vida sexual, porque en general quieren que no se las considere objetos sexuales sustituibles por otros. Aunque son escasas las mujeres que gustan de las mezcolanzas sexuales y los vagabundeos orgiásticos, lo que quieren de entrada es que el otro las valore, que las tengan por subjetividades no canjeables.¹ El sexo, sin duda, es invasivo, pero no ha conseguido apagar la necesidad de ser sujeto, de que nos deseen como a personas insustituibles. A pesar de que hay infinitas incitaciones a «soltarse el pelo», el principio de reconocimiento sigue teniendo un papel importante a la hora de mantener el principio de ligereza dentro de límites relativamente estrictos.

¿Y mañana? ¿Podemos imaginar una vida más alada y ligera que la del *Homo sexualis*? No estamos muy seguros, porque la vida sexual no parece tanto a manos del hedonismo obligatorio y de la presión de las normas de la eficacia cuanto a merced de las deficiencias relacionales, los juegos de las inclinaciones y las aversiones, las atracciones y los rechazos, los gustos y los disgustos, los amores y los desamores. No sufrimos tanto por el peso de la normalización de la eficacia cuanto a causa de la soledad, las rupturas, la falta de comunicación, la indiferencia que comporta la rutinización de las relaciones. La progresión de una li-

1. Michel Houellebecq, *Extension du domaine de la lutte*, J'ai Lu, París, 1998, p. 100. [Versión española: *Ampliación del campo de batalla*, Anagrama, Barcelona, 1999, trad. de Encarna Castejón, pp. 112-113.]

2. Pascal Bruckner, *Le paradoxe amoureux*, Grasset, París, 2009, p. 39. [Versión española: *La paradoja del amor*, Tusquets, Barcelona, 2011, trad. de Núria Viver.]

1. Véase mi ensayo *Le bonheur paradoxal*, Gallimard, París, 2006, cap. 8. [Versión española: *La felicidad paradójica*, Anagrama, Barcelona, 2007, trad. de Antonio-Prometeo Moya.]

gereza indefinida, siempre en aumento, encuentra aquí un obstáculo importante. Hay que reconocerlo: la victoria de lo ligero sobre lo pesado es exponencial: hay límites en los que el poder técnico-político es muy débil. Así como el aumento del PIB no crea un bienestar creciente hasta el infinito, tampoco las condiciones culturales más favorables a la satisfacción sexual son suficientes para eliminar lo que nos hiere. A partir de cierto momento, el avance histórico del aligeramiento de la vida se vuelve ineficaz porque la calidad de las relaciones intersubjetivas no depende de la dinámica del «progreso» social.

LA REDUCCIÓN DE LA LIGEREZA DE SER

Durante los marchosos años sesenta, la dinámica *cool* conquistó las modalidades del ser y el parecer, la relación con el trabajo, el dinero, la moda, la educación. El espíritu de la época estuvo dominado por la protesta contra el empobrecimiento de la vida, por las críticas contra la falsa conciencia impuesta por la sociedad y el puritanismo de las costumbres. Se pusieron en la piqueta las metas competitivas y de lucha por la vida, la carrera por el éxito, el trabajo alienante en las grandes organizaciones burocráticas. Lo importante no era ya triunfar en la vida, sino ser uno mismo, «soltarse el pelo», gozar del instante.

Salta a la vista que este imaginario libertario no está ya vigente. Estamos lejos de aquello. El momento del individualismo *cool*, despreocupado, ha sido sustituido por un crecimiento de las inseguridades, las inquietudes, la preocupación por el futuro, el «cansancio de ser uno mismo» (Ehrenberg). La cultura normalizadora y autoritaria a la antigua ya no tiene prestigio, pero las presiones familiares para alcanzar el éxito se intensifican, al igual que el sentimiento de fracaso de la vida personal. La autonomía individual no representa ya ningún ideal grandioso, ni en la vida pública ni en la privada: más bien se vive

como problema. Lo que era promesa de ligereza se ha vuelto pesadez y lo prueban las curvas ascendentes del estrés, la ansiedad, las depresiones, las adicciones y otros comportamientos destructivos (borracheras, suicidio). El suicidio es la segunda causa de muerte entre los adolescentes y adultos jóvenes; y casi un trabajador francés de cada cuatro ha pensado alguna vez en quitarse la vida.

Dinámica de individuación aparte, hay tres series de fenómenos que frenan estructuralmente la lógica *cool*: la medicalización, la información y la mundialización. Con la medicalización de la sociedad, los problemas de la salud y la normalidad médica invaden cada vez más sectores de nuestras vidas. La alimentación se ha vuelto una preocupación cotidiana. Los medios informan sin cesar sobre la contaminación, los peligros sanitarios, la propagación de virus, la necesidad de controles de la salud. En el terreno sexual crece la ansiedad a propósito de la insatisfacción, de nuestra normalidad, de nuestro buen funcionamiento. El espíritu *cool*, distendido y despreocupado, no deja de retroceder bajo la presión que ejercen la información de carácter científico, la cultura de la prevención y la experiencia médica.

La ligereza de ser sufre igualmente a causa de la evolución del mundo empresarial. Aunque la vida social se caracteriza por la relajación de las obligaciones colectivas, el mundo laboral y empresarial está dominado por la intensificación de la competencia, las evaluaciones personales, las exigencias de una eficacia creciente. Ya no se habla más que de reciclar, movilizar, hacer cada vez más deprisa con cada vez menos personal: el universo de la empresa hipermoderna obliga a vivir bajo presión permanente, haciendo que los agentes obren sin demora, sean reactivos y «creativos», hipereficaces. Y conforme se disgregan los colectivos laborales, cada cual debe contar únicamente con sus propios recursos, soportar cada vez más solo el peso de su trayectoria profesional. En este contexto es en el que aparecen el «sufrimiento en el trabajo», la sensación de ser «acosados», no

escuchados, mal considerados en la empresa. Aunque el universo consumista exalta la ligereza de vivir, la competencia económica causa patologías de sobrecarga, miedo a no alcanzar los objetivos, estrés, depreciación de nosotros mismos. En este clima de presión, de miedo y urgencia, engendrado por la espiral de la competencia económica, la despreocupación ante la vida se pone a rodar cuesta abajo.

En la época de la mundialización liberal aumentan el miedo al futuro, la precarización del empleo, el paro masivo, que comporta subestimación y vergüenza propia. La desestructuración del mercado del trabajo, las nuevas exigencias de competitividad, la apertura internacional de los mercados han acentuado los sentimientos de vulnerabilidad y aumentado la inseguridad profesional y material y el miedo a la descalificación o el desprestigio social. Por un lado, la cultura consumista-hedonista invita a gozar aquí y ahora; por otro, el ultraliberalismo económico produce estrés e inseguridad. Con este telón de fondo, la ligereza de ser tiende más a reducirse que a aumentar.

VIII. LIBERTAD, IGUALDAD, LIGEREZA

Aunque el capitalismo de seducción celebra a tutiplén la ligereza consumista, no lo hacen ni los intelectuales ni los teóricos, muchísimos de los cuales lo acusan de fabricar un mundo que cada día se parece y se aproxima más al del Gran Hermano de Orwell. Bajo la apariencia de fluidez y hedonismo lúdico, lo que progresa ante nuestros propios ojos, según los enemigos de la hipermodernidad «líquida», es una democracia desnaturalizada y pervertida, un universo «neototalitario».

Hay una larga tradición moral y religiosa que se ha dedicado a denunciar con vehemencia la ligereza (licencia sexual, libertinaje, frivolidad, inconstancia) como un comportamiento contrario a los mandamientos divinos e indigno de la condición humana. Ya sabemos que esta clase de condenas están en desuso. Pero aunque el hedonismo ha adquirido derecho de ciudadanía, la industrialización masiva de la ligereza sigue siendo ampliamente vilipendiada, acusada como está de destruir la libertad de los individuos, de transformar a los ciudadanos en borregos, de matar la cultura, de poner en peligro la vitalidad de las democracias. La cultura fútil del consumo ha atraído críticas tan descalificadoras como casi sistemáticas por parte de intelectuales que la han comparado con la «barbarie» (Adorno), la